

DOMINGO TERCERO DE PASCUA

1ª lectura (Hechos 5, 27b-32.40b-41): *Hay que obedecer a Dios antes que a los hombres.*

Salmo (29, 2 y 4-5 y 6.11 y 12a y 13b): *«Te ensalzaré, Señor, porque me has librado»*

2ª lectura (Apocalipsis 5, 11-14): *Se postraron rindiendo homenaje.*

Evangelio (Juan 21, 1-14): *Sabían bien que era el Señor.*

En la vida todos transitamos por caminos. A veces nos equivocamos y tenemos que “*deshacer el camino*”. Otras veces nos perdemos, nos cansamos o nos arrepentimos. También hay caminos de “*ida y vuelta*”; de ida hacia el objetivo final que nos hemos marcado y de regreso tras alcanzar la meta, con éxito o con frustración.

La vida cristiana se puede comparar perfectamente con un camino. Jesús mismo pasó buena parte de su misión “*en camino*”. Él mismo fue de Galilea a Jerusalén en distintas ocasiones, y luego regresaba al pueblo que había elegido, Cafarnaúm, junto al lago.

No sabemos muy bien cómo sucedieron los acontecimientos después de la Resurrección de Jesús. Siguiendo el evangelio de san Juan que leemos, hemos visto cómo Pedro y el discípulo amado, regresan de Jerusalén a Galilea. El “*camino de ida*” tuvo también su “*camino de regreso*”. El evangelio sitúa ahora la aparición de Jesús resucitado en el lago, allí donde había comenzado todo. Galilea es la llamada a los apóstoles, es el anuncio del Reino, es la vida cotidiana de Jesús, es la barca de Pedro. Jesús sabe que su gente tiene que verlo allí también vivo.

El texto está lleno de referencias evangélicas previas. La escena es de pesca; Pedro es el patrón de la barca; Jesús no está en la barca, sino en la orilla; en un primer momento no le reconocen. No habían pescado nada y un desconocido les dice qué tienen que hacer. El discípulo amado reconoce a Jesús y se lo indica a Pedro que, intrépido, se lanza en su busca. Las redes, ahora llenas, no se rompen. Jesús les había preparado unos peces y todos se sacian. Es un texto que podemos reconocer con facilidad., pero a la vez darnos cuenta de que hay mensajes fundamentales que el evangelista no quiere dejar pasar.

La Pascua es, en definitiva, el encuentro con Jesús resucitado. San Juan insiste mucho en que los apóstoles lo ven, incluso hablan con Él, pero en un primer momento no le reconocen (Magdalena en el huerto, Pedro ahora). No basta con “*haber oído cosas*” de Jesús; no basta con moverse en un ambiente “*cristiano*”. El discípulo amado, el que lleva adelante el misterio del amor en todo el evangelio, es el que lo reconoce y lo comunica: «*es el Señor*». A Cristo resucitado solo lo puede reconocer el amor. Con Cristo es posible la “*faena*”, la “*pesca*”; sin Él todo se queda en un esfuerzo vacío, por grande que haya sido.

Los encuentros de Jesús tienen que ver, casi siempre, con la comida. La comida para el creyente es una necesidad, pero también es un lugar de encuentro y amistad y, sobre todo, es un sacramento de la presencia del Señor y un memorial de la Pascua, aunque no siempre se desarrollan todos estos elementos.

En esta aparición Jesús preparó un buen almuerzo a los discípulos, que estaban agotados y desfallecidos por el trabajo y la fatiga de la noche. Jesús invita: «*Vamos, almorzad*». Jesús conoce bien a sus discípulos, y los trata como una madre. El almuerzo tenía que ser de los peces, pero no podía faltar el pan. Ambas cosas representaban a Cristo-Jesús. Y hay un gesto evocador: “*Jesús se acerca, toma el pan y se lo da; y lo mismo el pescado*”. Sólo le faltó decir: “*este pan es mi cuerpo, este pez soy yo*”.

Aquel desayuno fue un principio de Eucaristía. Jesús no quiere que cada uno coja su pedazo de pan y de pez, Él lo va partiendo y repartiendo, en señal de solidaridad y entrega.

Jesús se aparece una y otra vez, pero no a todos se aparece de la misma manera. Se adapta a las circunstancias personales o eclesiales. No es lo mismo aparecerse a María Magdalena que lo buscaba, que a Tomás que lo retaba, a Saulo que lo perseguía o a los apóstoles cuando pescaban. Y, desde luego, no se aparece a Caifás ni a Herodes ni a Pilato, aunque sólo fuera para ponerlos de rodillas.

Salvadas las distancias, Jesús hoy se sigue apareciendo. Pero no nos resulta fácil reconocerlo. Se nos puede manifestar como luz que ciega, como amor que desborda, como dolor que redime, como mendigo que llama a la puerta o como compañero de camino. **¡Qué gracia y que dicha encontrarse con Jesús o dejarse encontrar por Él!**